

El Fuerte que se convirtió en Fuente

Por Laura Liz Gil Echenique

Eran alrededor de las dos de la mañana cuando salí de casa. Esa noche me había costado dormir. El calor era insoportable y creí estar claro del motivo de mi desvelo. Salí en la bicicleta, que como para todos en esta ciudad, es mi medio de transporte estrella. Tendría que haberle echado grasa, pensé al sentir que me costaba pedalear.

Corría una leve brisa que atenuaba la insoportable humedad del clima y en mi cabeza resonaban las palabras que había escuchado ayer, mientras arreglaba una de las tuberías del agua en la habitación contigua a donde se impartía un taller para la comunidad.

Los fuertes de Cárdenas se construyeron durante la colonia para proteger la ciudad. En la década del 20 del pasado siglo comenzó la misión y en menos de cuarenta años nos volvimos una Iglesia que encontró hogar muy cerca de una de las fortificaciones. Me gusta ejercitar la memoria y esa capacidad para recordar detalles es lo que me ha permitido junto a Rosi, mi amiga y mi cómplice en esta tarea, encargarme del mantenimiento del sistema de agua purificada y ozonizada.

La voz de la señora que impartía el taller tenía una cadencia particular. Melodiosamente se intercalaba con comentarios de los integrantes y creo que quizás por eso demoré tanto en terminar el arreglo. Me encantaba escucharla mientras reparaba aquello que daba sentido al ritual de todas las mañanas cuando la población venía a llenar sus botellones. La señora dio muchos datos, pero yo recuerdo un momento muy peculiar de su charla: *En el año 2012 recibimos con alegría el apoyo de los hermanos de la Iglesia presbiteriana de San Charles, Nueva Orleans, para instalar la planta de Living Waters for The World. El Fuerte pasó a ser una fuente.*

“El fuerte pasó a ser una fuente”, esta idea volvía a mi cabeza con cada vuelta de pedal. “El fuerte fuente”, y yo y Rosi encargados de hacer funcionar correctamente el sistema. Aumenté la velocidad, la responsabilidad me hizo sentir prisa, no hacía mucho habíamos instalado el sistema. Todos los días aumentaban las estadísticas de los casos de cólera o problemas estomacales en Cárdenas. La fila para buscar agua en El Fuerte también crecía, las personas comenzaron a confiar y ninguno de los que venía tuvo ningún problema de estómago o de riñones. Al principio, como en toda buena empresa apareció quien con escéptica actitud cuestionara la potabilidad de nuestras aguas. Incluso fueron a comprobarlas a centros especializados. Constataron su pureza y

la diferencia con el resto de las aguas que provenían de los pozos y que abastecían a la comunidad.

Eran las 2:30 de la mañana. Hacía apenas 15 días habíamos instalado los últimos filtros pero era necesario volverlos a revisar, por eso llegué a esa hora. Se supone que los filtros duren mucho más tiempo pero las aguas de Cárdenas estaban tan sucias que se quedaron negros. Cada vez que los abríamos nos dábamos cuenta de que nos estábamos tomando toda esa suciedad. De ahí venían las diarreas y los problemas estomacales.

Llegaba temprano porque la fila comenzaba a hacerse a las 4 o las 5 de la mañana. Algunos venían y aun vienen de lejos. Con la cantidad de bicicletas parqueadas podría haberse armado un museo. Desde hacía unas semanas un grupo de los más asiduos se había brindado para ayudarnos a repartir los botellones. A veces era necesario dosificar el agua para que toda la fila alcanzara. Cada vez que sucedía nos sentíamos mal por no tener más de dos tanques y les pedíamos vinieran más tarde. Por eso me levantaba a las 2, a las 3, a las 4 de la mañana, tenía que garantizar los filtros limpios, los tanques llenos, las tuberías en su lugar. Tenía que hacer la fuente fuerte para que El fuerte siguiera siendo fuente.

Supuse que aunque la fila comenzaba temprano nadie estaría esperando agua antes de las 3 de la mañana. Al llegar al portón hallé una bicicleta y en el suelo, sentada con los ojos abiertos y rojizos de pasar la noche en vela, encontré una chica que no llegaba a los treinta años. Nos miramos primero. Cuesta hablar a esa hora porque los sonidos se amplifican con el silencio de la noche. Le abrí el portón para que entrara y le di un vaso de agua. Ella se sentó. Traía 2 botellones de 5 litros, vi las botellas limpias y las manos jóvenes de la mujer que no había dormido. Prendí la planta para que el agua empezara a caer en los tanques y le pregunté por qué había llegado tan temprano.

-No dormí- me dijo- Vengo del hospital. Hace 3 días ingresaron a mi hijo de 2 años y no han parado las diarreas. Me dijeron que le diera agua limpia y una enfermera me recomendó que viniera aquí, pero no soy religiosa-

Mucha gente tardó en venir porque pensaban que el agua era solo para los miembros de la iglesia. – El agua es para todos- le dije. - La fuente del Fuerte es para la comunidad y para que no enfermen los niños, ni las familias, y para las que madres jóvenes como tú no tengan que preocuparse porque sus hijos no tengan agua limpia que tomar.-.

Cuando el agua finalmente había empezado a llegar a las pilas la chica llenó sus botellones y se fue, de nuevo al hospital. Prometió llamar para dar noticias del niño. Me quedé pensando en ella

y en su preocupación y en su prejuicio para venir a buscar el agua. Recordé la historia de la samaritana a la que Jesús pidió agua del pozo y que se convirtió luego en predicadora del mensaje entre su pueblo ([Juan 4:5-42](#)), recordé que el agua es un mensaje de amor para todos por igual y me sentí tan pleno. Me dormí por un rato sobre un banco con el sonido del sistema purificando el agua como una canción de cuna y a la espera de los voluntarios y los primeros en la fila.

-El agua es un milagro- escuché decir a alguien y desperté con ello.- El milagro es la gente que cuida para que nosotros podamos tomar de esta agua- le respondió alguien desde otro lado de la fila y parece que me cayó polvo en los ojos porque me entraron ganas de llorar.

Abrí las puertas. Los voluntarios comenzaron a llenar los botellones de la gente y me quedé mirando, y mirando y pensé en la chica, en la samaritana del pozo, en las tuberías, en la iglesia, en Cárdenas, y así, mirando y haciendo para que el agua siga limpia han pasado cuatro años. El hijo de la chica salió sano del hospital y cuando lo recuerdo me siento inmensamente feliz de saber que: El fuerte más que en una fuente, después de dispensar setecientos cuarenta y tres mil galones, se volvió un acueducto.